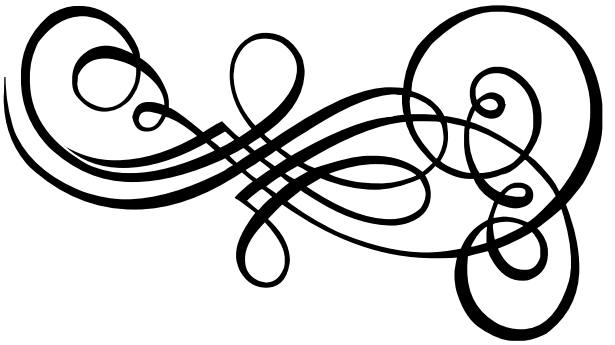
Los mejores cuentos pornográficos

Volumen II



PUNTO ROJO
libros

Los mejores cuentos pornográficos: Volumen II
Julio Iglesias

Editado por:
PUNTO ROJO LIBROS, S.L.
Cuesta del Rosario, 8
Sevilla 41004
España
902.918.997
info@puntorojolibros.com

Impreso en España
ISBN: 978-84-16722-32-7

Maquetación y diseño:
© 2016 Julio Iglesias
© 2016 Punto Rojo Libros, de esta edición

Producción: Punto Rojo Libros.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

Julio Iglesias

Los mejores cuentos PORNOGRÁFICOS

Volumen II

Índice

La Casita Misteriosa 9
La Pulsera de la Princesa 21
El Agua de la Vida 35
La Lámpara de la Felicidad 47
La Violetera 61
La Princesa, la Buja y el Hada 73
El Muñeco de las Sonrisas 85
El Príncipe Fotógrafo 101
La Sobrina del Comerciante 117
Lorena y el Capuzón Rojo 131
El Soñador Recompensado 143
El Palo Obediente 159
Complicada Herencia 173
El Hermano Tontuelo 181
El Borrico y el Borrachín 189
Bella y, la Bestia 197
La Piedra Mágica 211
El Poder de la Fuerza 225
Las Habichuelas Mágicas 237

Vago y Soñador.....251
El Comerciante Sabelotodo.....261
La Recompensa a su Bondad.....269
La Posada de los Misterios.....279
El Sastrecillo Inteligente.....291

La Casita Misteriosa

ÉRASE UNA VEZ, una familia de campesinos pobres, que después de una gran tormenta de granizo, el campo quedó desolado y, esta familia pobre con un hijo de nombre Manolo y, Elena su sobrina huérfana, no pudiéndose llevar un trozo de pan a la boca todos días, no dejaban de lamentarse de su mala suerte diariamente los padres.

—Qué mala suerte la nuestra, apreciados hijos —se lo recordaba apenado el padre, igual como se encontraba de apenada y triste su buena madre, repartiendo para cuatro la ración de una persona de sopas de pan.

—Somos jóvenes, pero en algo podremos ayudaros y, mañana mismo saldremos al monte con vosotros, a recoger leña para vendérsela al Panadero a cambio de pan, apreciados padres —se lo hacía saber Manolo, a sus apenados y preocupados padres.

Sin embargo, los padres tenían el corazón hecho un lio, pensado en dejarlos abandonados en el bosque; hablando entre ellos dos, lo podía oír haciéndose la dormida Elena, que deslizándose dentro del lecho de su primo Manolo en camisón, abrazados y besándose en los labios, se lo hizo saber con solo los calzones apenada. Encontrando una solución para no perderse en el bosque, hombros abajo deslizaba su camisón Elena y, sin pedírselo nadie se quitaba con calzones Manolo y se abrazaron mucho más fuerte y completamente desnudos los dos.

—Somos lo suficiente listos, como para saber recordar el camino que andaremos recogiendo leña, pero dejaremos una de estas seis bolitas blancas sobre el suelo y a cierta distancia, que nos resulte mucho más fácil regresar con la leña a la cabaña, Elena.

—Sí, está bien pensado, Manolo.

Naturalmente, cuando Manolo poso sus cálidos labios y lengua sobre el vello de su sexo, se encontraba empapado de jugos orgásmicos, aun así, le acompañaban la cabeza las manos de Elena y, continuo inmóvil con sus preciosos muslos separadas, reconociendo que lo necesitaba excitadísima su desvergonzada prima, obediente como en otras muchas ocasiones sabía corresponderle hasta provocarle su caudaloso y satisfactorio orgasmo, ahogando suaves suspiros se lo agradecía, como igualmente le permitía, que suavemente deslizara su robusto pene bien alzado por los jugosos y desplazados labios de su palpitante sexo hasta sentirse satisfactoriamente penetración, libres sus hermosos pechos con más pezón que pecho, las manos de Manolo, sabían calibrárselos satisfactoriamente en el placer, que culminaron los dos en escasos segundos.

—¡Oh, día a día, responde más potente tu pene, llenándome mi cálido cuerpo de placer y, desde este maravilloso momento, deseo que expulses el semen de tu copioso éxtasis bien dentro de mi empapada vagina, Manolo! —aseguró satisfactoriamente Elena, temblándole los labios.

—Me alegro de oírtelo pedírmelo y, aún sin riesgo de dejarte embarazada, conseguiré dejarte completamente satisfecha, desvergonzada prima —se lo hacía saber, profundizando los movimientos con el máximo de potencia su robusto pene.

—No pierdas más tiempo hablando y, consíguelo follándome con violencia, un caudaloso y satisfactorio orgasmo, degenerado sinvergüenza.

Por supuesto, iba sucediendo lo que deseaban que sucedieran los dos y, follándosela con violencia y frenéticamente Manolo, conseguía arrancarle su robusto pene en los quince centímetros otros dos caudalosos y satisfactorios rogamos más a su morbosa prima en los 16 años y, como ausente aceptaba degustarle aquel poco de semen mezclado con sus jugos orgásmicos, como aquellas gotas de orina, que se le escapaban sin poderlo remediar por si estado ciego de satisfacerle por completo a su 17 años a su prima Elena. Así pues, sujetándole suavemente la cabeza con ambas manos, se iba vaciando por completo dentro de la boca de su prima por primera vez, que aceptaba golosamente sin oír de sus labios un lo suspiro de protesta.

—Sé que lo necesitas, calentona.

—Sí, pero aremos una pausa, sinvergüenza.

Así pues, transcurriendo muchas horas en el bosque, los dos primos con toda la leña cortada que podían llevar, haciendo dos fajos, iniciaron el camino para regresar a la cabaña de sus padres y, descubriendo las bolitas blancas, no les fue difícil llegar antes del anochecer. Los padres, aunque lo fingieron lo mejor posible, se alegraron mucho de abrazarles.

—La leña, mañana se la llevaremos al Panadero y, con las monedas de plata que nos dé, tendremos para comes más de un día los cuatro —propuso el padre, repartiendo la poca cena de la cazuela para los cuatro, la buena y consentida madre.

Al siguiente día, confiados que conocían como la palma de la mano el camino, no se llevaron las bolitas blancas y, al comprobar que se encaminaban a un distinto y alejado bosque, solo se le ocurrió a Elena, otra cosa que dejar un rastro de trocitos de la manzana, que llevaba en el zurrón para comer y un trozo de pan los dos.

—Sí, también nos indicara los trocitos de manzana, el camino de regreso a la cabaña, Manolo —se lo comunicaba Elena.

—Ciertamente, pero de no comérselas los pájaros y los conejos, sin olvidarnos de las ardillas, apreciada prima, se ofrecían un cariñoso beso en los labios —igualmente se lo hacía saber, Manolo a Elena, los dos con ganas de satisfacerse sus cálidos cuerpos al aire libre.

Y, como sabían que nadie los podría descubrir Amándose, ocultos detrás de los arbustos y sobre la maleza verde, del pequeño arroyo que cruzaron unos segundos antes, sin desnudarse ninguno de los dos, se Amaron con más vicio que con Amos, como sus cálidos y atractivos cuerpo lo necesitaban en este preocupado momento, pero acabaron completamente desnudos dentro del morbo por conocerlo todo, Amándose sin límites al aire libre y llenos de fantasías.

—¡Oh, expulsa este éxtasis dentro de mi boca, sinvergüenza!

—Solo el semen, o bien, lo otro también, calentona.

—Mejor, no te contesto, Manolo.

Habían hecho los dos fajos de leña, cuando cayeron unas gotas de lluvia y, todo seguido, rompió a llover a cantaros y se protegieron bajo las ramas de un enorme árbol, oyendo como el gorrioncillo que se hallaba en una rama, se quejaba picoteando otra ramita cerca de una de sus patitas; ellos

dos, se sorprendieron observando al gorrioncillo, sin descubrir que su patita se encontraba trabada en la ramita, que trataba de liberársela picoteándola.

—El gorrioncillo, como nosotros también tiene miedo de la lluvia y, trata de apaciguárselo picoteando la rama —susurró Elena, sin darse cuenta que se encontraba prisionero.

—¡He, gorrioncillo, no os debéis sentiros triste, ya que podéis volar y protegeros en otro lugar de la lluvia, mientras que nosotros no sabemos ni regresar a la cabaña de nuestros padres! —le hablaba así, de sincero Manolo, antes de descubrir que tenía la patita trabada.

Ciertamente es así, el gorrioncillo tenía una patita trabada en una ramita y le impedía alzarse para volar; habilidoso Manolo, le retiraba la ramita de la patita del gorrioncillo, quedaba libre para poder volar, entonando el canto de agradecimiento, dándole las gracias así al joven Manolo y a Elena, se alejó de allí para protegerse de la lluvia en otro lugar más seguro.

—Suerte, de poder volar, mientras nosotros no sabemos ni regresar a la cabaña de nuestros padres, apreciada prima Elena —reconocía suavemente Manolo, abrazándose dándose ánimos los dos.

Cuando la lluvia ceso, los dos mirando al Cielo y decidieron iniciar el recorrido para tratar de encontrar el camino de regreso a la cabaña de sus padres, con la leña a cuestas les era imposible descubrir un solo trocito de manzana, como imposible lo tenían de poder dar con el camino, todos con distintas direcciones y tan parecidos.

—Tontos de nosotros, nos hemos perdido en el enorme bosque, por la poca inteligencia que mi cabeza discurre, apreciada prima —reconocía Manolo, queriendo echarse todas las culpas a su espalda.

—Algo de culpa, también tengo yo, Manolo.

Luego lloraba y dejaba resbalar de sus ojos azules las lágrimas desconsoladamente, dirigiéndose cada vez más dentro del espeso bosque, hacía donde la luz de la luna parecía de distintos colores, transmitiéndoselo las hojas de los árboles de distintas especies y pinos, se detenían para abandonar la leña y, luego, reanudar el camino mucho menos fatigados.

—No llores, Elena, hemos de ser valientes, pues encontraremos el camino de regreso a la cabaña de nuestros padres, qué igualmente por nuestra tardanza, nos recibirán llenos de alegría.

Estuvieron caminando dos largas y penosas horas, pero cual grande fue su sorpresa, cuando vieron una casita, que les parecía un maravilloso sueño: el tejado era de chocolate, las paredes de galletas de todos los sabores y colores, la puerta y las ventanas, de turrón de todos los gustos. Fue tanta su alegría, que se quedaron con la boca abierta durante muchos segundos en silencio y sin decidirse dar unos pasos más.

—La puerta está abierta, pero no podemos entrar sin llamar, por si los dueños nos echan a escobazos fuera, Manolo —reconocía algo cohibida Elena.

—Como quieras, pero al encontrarse la puerta abierta, es señal de que podemos entrar sin llamar, Elena —reconocía diferentemente Manolo.

La puerta se abrió en su totalidad por ella misma y, entonces la voz de una Dama con alegría, les invitó a pasar a los dos primos hasta donde se encontraba sentada en una enorme mecedora, vestida con una túnica de tul azul celeste, trasluciendo sus encantos femeninos y haciéndole compañía un gato pardo como los tigres, pero de un tamaño doméstico y dócil.

—Entrar sin temor amiguitos jóvenes y, como estaréis cansados y con hambre, podéis comer primero lo que más gustéis, como pasteles de nata y chocolate, antes de acostaros en las camas que tengo libres al fondo de mi casita misteriosa —aclaró la Dama, mientras les maulló suavemente el gato.

Los dos primos, al ser invitados así, con tanta ternura y cariño por la Dama, aceptaban ser invitación, comieron toda clase de pasteles hasta quedarse lleno su estómago. Y, cuando se quedaron dormidos sobre la mesa, sin saber cómo lo hizo la misteriosa Dama, se encontraban acostados sobre las camas libres y con la ropa preparada.

—Dormir, angelitos, dormir y, mañana descubriréis mis intenciones, hacía los jóvenes descarriados y sin protección de los padres, que les puedan proteger —sonreía maliciosamente la misteriosa Dama.

Antes de abandonar la habitación de Manolo, las misteriosa Dama, deslizando hombros abajo la túnica de tul azul celeste, igual al color de sus ojos exhibiéndose completamente desnuda, haciendo que dormía Manolo, como sonámbulo se incorporaba sobre el lecho y completamente, su robusta polla se encontraba en su máxima erección, algo que le encandilo sexualmente a la misteriosa Dama y, exhibiéndose completamente desnuda y llena de ilusiones, ocupaba el mismo lecho que Manolo.

—Estas estupendo como muchacho y, al mismo tiempo comportándome como una Dama cortesana y caprichosa sexualmente, sabré disfrutaros vuestra hermosísima polla, sinvergüenza —le hablaba suave para no despertarle, habiendo caído en la trampa.

Continuando completamente desnuda la misterioso Dama, abriendo la boca desmesuradamente, conseguía chupársela y mamársela toda dentro de su habilidosa boca, sin soltarle dos sueltos y gordos testículos, continuaba demostrándole a Manolo, que sabía cómo desfrutarle la hermosa polla fuera y dentro de su boca hasta provocarle un caudaloso éxtasis dentro de su paladar de Dama cortesana, al continuar inmóvil y ocupando su palpitante polla su habilidosa boca, Manolo comprendía que no rechazaba que se vaciara por completo dentro de su boca y, sujetándole la cabeza con ambas manos, sin más explicaciones se iba vaciando tanto como necesitaba beberse, la misteriosa Dama cortesana.

—¡Oh, algo así de morboso, deseaba gozar, sinvergüenza! —ahogaba un suspiro y un sollozo de impaciencia, cambiando se posición sobre el lecho.

Acariciándole sus hermosísimas tetas y amplios y gordos pezones, creciendo altivos y mucho más gordos los pezones, habilidosamente se deslizaba su robusta polla superando los quince centímetros, por entre los jugosos y desplegados labios de su excitadísimo sexo, ahogando sus acostumbrados suspiros y sollozos, fallándosela con violencia a sus 17 años Manolo, le provocaba dos caudalosos y satisfactorios orgasmos en cadena a la misteriosa Dama cortesana, no encontrando rechazo, expulsaba el semen de su copioso éxtasis a presión dentro de su empapadísima y palpitante vagina, sin tener en cuenta que podría quedarse embarazada a su bien llevados 40 años la misteriosa y desvergonzada Dama.

—Creerme que lo siento, de no haberle preguntado, donde deseabais que expulsara el semen de mi éxtasis, misteriosa Dama y cortesana —abandonaba la habitación en silencio, olvidándose la túnica sobre el lecho.

A la mañana siguiente, al despertar Manolo, se sorprendió al encontrarse dentro de una jaula de gruesos alambres tensos y duros, mientras su prima se hallaba barriendo y fregando el suelo del comedor de la Casita Misteriosa, sin salirle una sola palaba de los labios de alegría a ninguno de los dos, se observaron varios segundos más.

—Hemos caído en la trampa, siendo golosos como las moscar, que quedaron presas en el panal de rica miel, Elena —se exclamaba así Manolo, incapaz de salir de la jaula.

—Todavía no lo tenemos todo perdido, ya que seguimos con vida, Manolo —se lo hacía saber Elena, cautelosa mirando a su primo, mucho más preocupado dentro de la jaula.

—Sí, contento me siento dentro de la jaula, como si fuese un jilguero, entonando la dulce canción para la misteriosa Dama cortesana de la Casita Misteriosa, con ganas de ponerle la mano encina, pero no para acariciarle sus excitantes encantos femeninos, en el momento de encontrarme libre.

Sin duda alguna, Manolo tenía un cierto humor de las cosas, por mucho apenadas que estas fuesen sus preocupaciones, de modo que sabiendo esperar, al quedarse dormida la Bruja disfrazada de Dama, aprovechando este momento, le pidió a su prima que, del llavero le cogiera la llave de la jaula y la abriera dándole la libertad, que necesitaba para abandonar los dos la Casita Misteriosa, antes de despertarse la maliciosa Bruja.

—Sí, abandonaremos la Casita Misteriosa, lo antes posible, pero por el miedo que nos ha acho pasar, nos llevaremos esta jarra llena de monedas de chocolate, igual a las de oro —aseguró Manolo, cogiéndola de entre otras mucho más grandes y repletas de mondas de chocolate.

—Conforme, nos la llevaremos por el susto que nos ha dado la maliciosa Bruja, pues de no ser así, sería que se la robábamos y, esto no se debe de hacer, por muy golosos que seamos los dos —recapacitaba Elena, abriendo la puerta cautelosa, pidiéndole al gato pardo silencio con el dedo índice.

—Sí, pero salimos corriendo, de la Casita Misteriosa, Elena.

Cuando corrieron dos largas y fatigadas horas, se dé tuvieron a descansar bajo un árbol casi seco, con pocas hojas verdes y, al dejar la jarra apoyada con las monedas de chocolate, se deslizaban por el hueco del troco hasta desaparecer la jarra con las mondas de chocolate, sin poderlo evitarlo ninguno de los dos primos.

—Sí, torpe he sigo siendo, pero por todos los medios, recuperaré la jarra con las monedas de chocolate, Elena —reconocía Manolo, sin sorprenderse su prima, ofreciéndole un prolongado beso en los labios.

Naturalmente, trataron de coger la jarra con las monedas de chocolate, entrando la mano Manolo en el hueco del tronco del árbol, habilidoso al poco rato, se la mostraba a Elena en la mano; asombrados los dos por como relucían las monedas y la jarra, les lleno de emociones y de alegría todo su acelerado corazón.

—¡Oh, cielos, es de plata la jarra y las monedas son de oro macizo y con el Escudo de la Corona del País, en el que hemos nacido y nos encontramos viviendo penosamente! —necesitó exclamar abiertamente Elena.

—¡Más de cincuenta monedas de Oro, he contado dentro de la jarra de plata! —confirmó alegremente Manolo, casi imposible de creérselo.

—Ha sido un hechizo, Manolo.

—Hechizo o no, mí apreciada prima, no somos pobres y, al ser distinta la jarra, a la que cogimos de la Casita Misteriosa, nadie nos podrá amenazar de ladrones, Elena.

—Pues a qué esperamos para ofrecerle la jarra de plata y las monedas de oro, a nuestros apenados padres, Manolo —se volvían a basarse largamente y satisfactoriamente en los labios.

—Qué más puedo añadir, Elena.

Y, si pronunciar más palabras ninguno de los dos, se inclinaron hasta que su espalda reposaba sobre la maleza verde, junto al árbol y a la jarra de plata y las más de cincuenta monedas de oro, en una palabra, que les apetecía Amarse con mucho vicio a los dos y completamente desnudos, palpitando sobre sus carnosos labios, la robusta polla en su máxima erección, le llamó sinvergüenza y sin más explicaciones, le dedicaba una colosal mamada como jamás recordaba lo conseguía, en los veinte centímetros expulsaba el semen de su copioso éxtasis dentro de la boca de su desvergonzada y caprichosa prima, bien sujetas sus manos a sus sueltos y gordos cojones, animándole a que se vaciara por completo dentro de su habilidosa boca.

—Creerme que lo necesito, desando superarle en zorra y guarra, a la misteriosa Dama cortesana, sinvergüenza —gimoteaba llena de morbo y erotismo Elena, llena su viciosa boca de polla.

—Eres irresistible, como sabía que lo descubriste todo, Elena.

—Sinceramente, sí lo descubría todo y, como sabía que lo necesitabas, continúe haciéndome la dormida, como ahora, lo necesito yo, Manolo.

De rodillas Manolo, entre sus inglés el rostro de su desvergonzada y caprichosa prima, obediente como siempre a los deseos morbosos de Elena, la iba ofreciendo a beberse dentro de la boca todo cuanto necesitaba beberse de sus líquidos dorados y, no solo esto, pues le chupaba los sueltos testículos dentro de la boca, y no solo esto, ya que también le penetraba la lengua bien dentro de su musculoso culo y, moviéndola en círculo y sin privárselo Manolo, le provocaba su escalofriante primero orgasmo anal a Elena, con la lengua y los labios llenos de temblores su atractivo y cálido cuerpos de Doncella cortesana.

—¡Oh, reconozco que lo necesito, día a día, sinvergüenza! —lograba articular Elena, irresistiblemente morbosa.

—Puedo corresponderte, igualmente con los labios y la lengua, Elena.

—Sí, iba a pedírtelo, Manolo.

De improvisto, hizo su presencia la Bruja de la Casita Misteriosa sobre una escoba Mágica Volando y, encarándose con los dos primos, empleando sus poderes de Bruja, tratando de apoderarse de la jarra y las monedas de oro, difícil se lo estaba poniendo a los dos.

—La jarra me pertenece y, el castigo de haberme robado, será despeñaros al fondo del barranco a los dos —les amenazaba maliciosa, mientras les iba acorralando hasta el saliente del barranco para a hacerles caer al vacío.

—No es cierto, esta no es vuestra jarra de plata, ni tampoco las monedas de oro, malvada Bruja —le plantaba cara Manolo, sacando fuerzas para proteger a su prima Elena.

—Como si lo fuera, entrometido complaciente —dijo la malvada Bruja, empujándoles con la escoba a los dos.

Estando casi con un pie los dos en el aire del precipicio, un gorrioncillo hizo su presencia, revoloteando alrededor de los tres, le daba a entender con su canto a la malvada Bruja, lo que le podía suceder de no dejar libres a los dos inocentes primos.

—Acércate un poco más; gorrioncillo y, a escobazos también término contigo —le amenazaba la malvada Bruja, llena de ira ciega.

—Entonces, recibiréis vuestro merecido castigo, malvada Bruja —se lo hacía saber el gorrioncillo, reconociéndole algo más sosegados, los dos primos como el gorrioncillo, que libraron su papita de la ramita.

—Sí, es el gorrioncillo, que le liberamos la patita de la ramita seca y, pretende agradecérnoslo, defendiéndonos de la malvada Bruja de la Casita Misteriosa —lo reconocían llenos de alegría los dos primos abrazados.

En este momento de hacer los revuelos más cerca de la cabeza de la malvada Bruja, tratando de darle alcance con la escoba, perdiendo el equilibrio acabó en el fondo del barranco para no salir jamás, ya que al romperse en mil pedazos la escoba perdía el Hechizo, sin la cual no era poderosa su Mágica ni poder.

—Os lo agradeceremos siempre, gorrioncillo —se lo hacían saber los dos, llenos de alegría su corazón.

Sin articular más palabras, se pusieron en camino, ahora, como si alguien les indicara el sendero a seguir hasta la cabaña de sus padres, que lo estaban consiguiendo gracias, a que revoloteando a su lado el gorrioncillo.

—Sí, este es el camino a seguir, Manolo.

—El que nos indica el gorrioncillo y, descubriendo la cabaña de nuestros padres, se aleja volando y canturreando de contento, Elena.

Abriendo la puerta de la cabaña, encontrándose sus padres apenados por su poco corazón de padres, al momento de descubrirlos y abrazarse, arrepentidos de perder su fe en Dios, dirigieron su mirada hacia el Cielo y, luego, más emocionados de Amor los cuatro, mostrándoles la jarra de plata con más cincuenta monedas de oro, sin salir de su asombre sus padres, se abrazaban mucho más fuerte los cuatro, sabiendo perdonar a sus madres los dos primos, aun presenciándoles se besaban largamente en los labios, como algo más que novios, que lo eras sin pudor alguno.

—¡Queridos hijos, estaremos en deuda siempre con los dos y, jamás dejaremos de quereos con todo muestro Amor de padres! —se abrazaban los cuatro hasta desaparecer las lágrimas de sus alegres ojos.

De la Casita Misteriosa, nada se supo en todo el pueblo de campesinos y leñadores, ahora bien, se habló mucho de la jarra de plata y de más de cincuenta monedas de oro, ya que hizo feliz a todo el pueblo, incluso no se olvidaron de pagar los impuestos al señor Alcalde.

—Cierto o no cierto, la Casita Misteriosa, nos ha abierto la esperanza de vivir unidos todos, apreciados jóvenes campesinos, ahora con prosperas tierras y buenos arados y caballos de tiro para cultivarlas, tendremos asegurado el comer diariamente todo el pueblo y, por supuesto, pagar los impuestos todos —manifestó sabiamente el señor Alcalde.

Aun encontrándose casados por la iglesia, Amándose Manolo y Elena, necesitaban Amarse con más vicio que Amor, orgullo Manolo de su robusto pene superando los veinte centímetros, besándole y chupándole sus hermosísima tetas y gordos pezones, respondiendo como lo necesitaba de potente y superdotado Elena, ahogando sus bien conocidos sollozos de morbo y de satisfacción, culminaban satisfactoriamente a un mismo tiempo sus inolvidable caudaloso y exquisito orgasmo los dos.

—Lo reconozco, eres mujer para más de un hombre y, deseo compartirte cuando me lo pidas, con otro hombre superdotado, caprichosa esposa.

—Sí, no descarto obedeceros, querido esposo.

—Qué me dices, del señor Alcalde, Elena.

—Qué musculoso es su atractivo cuerpo, Manolo.

No lo olvidéis nunca, lectores de mis cuentos llenos de fantasías pornográficas, nos puede ayudarnos a dormir más alegres, Amándonos libremente y bien abrazados al atractivo cuerpo de nuestra esposa.

Colorín Colorado, este Cuento ha Terminado

La Pulsera de la Princesa

SEGÚN SE CUENTA EN ESTE CUENTO, el apuesto Príncipe Emilio en los 24 años bien llevados, de Arabia Saudita: algunas que otras tardes, salía de Palacio, disfrazado de pobre Comerciante para empezar a descubrir lo que ocurría en las Calles de la Ciudad, lejos de lo que el Oficial de la guardia, le hacía creer a su Padre el Gran Califa, aficionado a coleccionar Sables de distintos Países, su madre más preocupada por su Belleza, que por sus obligaciones como Esposa del Gran Califa.

—Me he comportado lo suficiente Doncella y cortesana, entre vuestros brazos esta noche, Príncipe Emilio —se lo preguntaba ofreciéndole este suave beso en los labios la Doncella, incorporándose del lecho sin cubrir su atractiva desnudez.

—Sí, me he encontrado entre tus brazos, en un sueño lleno de fantasías, imposible de no poderlas olvidarlas, apreciada Doncella —le devolvía el suave beso, en el lugar que deseaba recibirlo su Doncella cortesana, igualmente sin cubrir su atractiva desnudez el Príncipe Emilio.

A continuación, colocando sus preciosas piernas la Doncella sobre los hombros del Príncipe Emilio, moviéndose habilidosos los dos, bien penetrado hasta los sueltos testículo su robusto pene en los veinte centímetros dentro del jugoso y excitadísimo sexo de la Doncella, pudo contar que gozaba hasta tres caudalosos orgasmos, entes de expulsar el semen de su copioso éxtasis Emilio, dentro de su ardiente empapada vagina, llamándole potente salvaje, aceptaba ansiosamente degustarle el poco semen mezclado con su jugos orgánicos dentro de la boca.

—Quisiera haceros saber, que necesito sentirme la boca llena de polla y semen, como igualmente sentirme bien sodomizado mi hermoso y respigón culo, degenerado sinvergüenza —sabía cómo ofrecérselo acodada sobre el confortable lecho.

—Seguro que lo conseguiremos, Doncella cortesana.

—Sí, ganas no me faltan, Príncipe Emilio.

Después de comer en armonía con sus padres en el gran Salón, les habló de empezar a asentar la cabeza y conocer a una Princesa, como primer paso para pensar en la boda, aunque no le contestó su padre ni su madre, sabía que lo preferían de corazón, a que continuara acostándose con la Doncellas, más de dos noches por semana.

—Esta tarde, me acercaré hasta la Plaza del Mercado —mentalizaba el Príncipe Emilio, cambiándose la túnica, por otra más descolorida.

Al entrar en la Plaza del Mercado, entre tantas y muchas paradas de vendedores y comerciantes, que recorren todo el País, con toda clase de género y novedades, se encontraba sentado sobre sus mismas piernas un humilde viejo pidiendo limosna con la voz cansada por los años; siendo ciego, le puso en la mano el joven Príncipe Emilio, una moneda de oro.

—¡Qué el Cielo, os proteja por ser tan bondadoso! —alzó su voz lleno de alegría, el viejo ciego, pero sin llamar la atención a ningún otro transeúnte.

El Príncipe Emilio no le contestó; pero cuando quiso seguir su camino, el viejo ciego le agarró de la manga de la túnica, al mismo tiempo que hizo oír su voz, le comunicaba que los Dioses del Desierto, le protegieran también por esta buena acción, de socorrer a un pobre ciego, siendo el Príncipe de Arabia Saudita. El joven Príncipe Emilio, quedó sorprendido, al darse cuenta que sin poder verle el rostro le había reconocido y, que de ninguna manera podía separarle la mano, que le tenía sujeto por la manga de la túnica, necesitando corresponderle, se descubría amablemente.

—Sí, estáis en lo cierto, soy el Príncipe de Arabia Saudita, buen anciano —replicó cauteloso, siempre mostrando su sincera sonrisa.

—En tal caso, llevaros esta pulsera, pues me la encontré en el otro lado del Desierto de Arabia Saudita y, aunque no tiene valor, de corazón se la ofrezco, Príncipe Emilio —recalcó eficazmente el viejo.

Al examinarla y calcular la riqueza de los rubís y esmeraldas que tenía la pulsera, de un valor incalculable por el joven Príncipe Emilio, aunque no entendía de calcular el valor de esta pulsera, estaba en lo cierto que debería pertenecer a una persona de las más Ricos del Desierto de Arabia Saudita.

—Es de un valor incalculable la pulsera y, alguna explicación necesitaría darme, el buen viejo —reconocía el Príncipe, sin perder la calma.

Durante unos largos instantes, el Príncipe Emilio miró a los ojos al viejo; como asombrado, se daba perfecta cuenta que le podía ver, igual como él, podían observarle también sus ojos, con una sonrisa sincera.

—Sí, es de un valor inmenso la pulsera y, pertenece a la Princesa Serézada del Reino del Desierto, de inmensos Mares de Arena —replicó suavemente cauteloso el viejo—. Así, como a pesar mío, soy el desdichado viejo y apenado Califa del Desierto...

—Prefería no haberle oído, ni tener en mis manos la pulsera, ya que regresaría mucho menos preocupado al Palacio de mi Padre el Rey, de toda Arabia Saudita, incluyendo el Desierto de Mares de Arena.

—He oído que desearíais casaros con una encantadora Princesa y, puedo aseguraros que, la Princesa Serézada, es la más envidiable entre todas las hermosas Princesas, que Príncipes tuvieron la suerte de cortejarla en su íntimo salón en solitario, con el consentimiento de su caprichosa y consentida madrastra —anunció el anciano, algo más rígida su temblorosa voz, pero continuando apenado.

—Oíste bien, noble anciano... Pero todavía no tengo el consentimiento de mis Padres, para elegir mi futura esposa, pero sí a una Doncella...

—Como primer paso, podríais conocer a mi alegre y hermosa hija, Príncipe Emilio —aseguró pasivo, pasándose los dedos de la mano por la barba y el bigote canoso—. Pero el misterio es que desapareció una noche del Palacio y, en su precipitación, la pulsera se le desprendió y fue a caer justamente sobre su lecho, sin descubrirla tampoco su Doncella cortesano, al día siguiente su Doncella, como dos gotas de agua todos sus encantos femeninos, desapareció también esta misma noche y, nada más puedo contaros, ya que nada he sabido del su destino.

—Por mi vida, que encontraré a vuestra alegre y hermosa hija la Princesa Serézada y, su ladrona Doncella, que la dispondré al castigo que me ordenéis, buen anciano y Califa y, de soltarme la manga de la túnica, esta misma noche con mi mejor caballo pura sangre árabe, partiré a encontrarla y, aunque tenga que convencerle, comportándome eficazmente como cortesano, dispuesto me encontrara compartirnos el mismo confortable

lecho —se lo comunicaba, levantando la mano con su espada, lo aceptaba cauteloso el buen anciano y Califa, dejándole libre la manga de su túnica.

—Yo, os deseo lo mejor, en los brazos de mi alegre y hermosa hija, pero no manchéis el buen honor de vuestra espada, con la sangre de la Doncella ladrona, permitiéndole castigarla mi espada, Príncipe Emilio.

Así pues, entrando en las Cálidas y Abrasadoras arenas del Desierto de Arabia Saudita, preguntó en todos los Oasis y Caravanas que encontró durante el primer día, por la Princesa Serézada y, la respuesta era siempre la misma: un Hechicero malicioso, se la llevó junto con su Doncella a un lugar misterioso y desconocido, en todo el Mar de arena del Desierto.

—Sí, es bien conocido por mí, como el viento que mueve las montañas de arena del Desierto, señor comerciante —se lo agradecía precavido el Príncipe.

—Qué la suerte, os acompañe siempre, que no es poco de conseguirlo, pues son dos hermosísimas y alegres Damas, Príncipe Emilio —replicó el comerciante, volviendo a ocupar el lecho junto a una de sus cuatro hermosa y cautivadoras esposas, cubriendo sus encantos femeninos a sus 18 años, el fino camisón de tul blanco, igual a las de las otras tres esposas.

—De obedecerme, podría daros un masaje corporal, joven Príncipe —le tomaba del brazo cariñosa, la menos jóvenes de las esposas.

—Sabré agradecéroslo, encantado Doncella y esposa.

Pocos segundos después, de realizarle el, corporal masaje, continuando completamente desnudos los dos, sobre las dos mantas que les hacía de cama, chupándole y mamándole su robusta polla y masajeándole los cagados testículos, expulsada el semen de su copioso éxtasis dentro de su habilidosa boca, comunicándole que insistiría en levantarle la moral como Doncella cortesana para, fallársela y consiguiera dejarle preñada, como igualmente completamente satisfecha y, antes de llegar a su éxtasis como hombre Emilio, había gozado sus dos caudalosos orgasmos la Doncella y esposa, aceptando que expulsara el semen de su éxtasis dentro d su empapada vagina, se basaban en los labios satisfactoriamente los dos, como amantes por unos maravillosos instantes.

—En mis emocionantes recuerdos, este tan satisfactorio y completo, ocupara para siempre mi excitadísimo y jugoso sexo, Príncipe Emilio.

Ciertamente, jamás nadie había recorrido el País de punta a punta, sin apenas dormir ni descansar ni comer, búsqueda descartada por el Príncipe Emilio, descubriendo a dos jóvenes y hermosas pastoras de cabras blancas, al encontrarse a su lado, cayó desplomado de su caballo, igualmente agotado y sudoroso el caballo.

—Es un Joven muy guapo y, aunque sus ropas están sucias de sudor oliente, no son las de un comerciante del desierto —aseguró la mayor de las hermanas, superando los 18 años.

—¡Sí, es cierto parece un Príncipe! —concretó la otra hermana.

Las dos jóvenes y hermosas pastoras, entre las dos y, con la colaboración de su hermano más pequeño; que le llamaron a gritos, pasando sus dificultades, arrastrándole al Príncipe Emilio, hasta la cabaña de sus padres. Todos rápidamente, le ha tendieron y le dejaron dormir todo el resto del día y parte de la noche.

—¡Oh, Cielos, donde me encuentro! —despertaba el Príncipe Emilio, de su largo sueño, abriendo los ojos y descubriendo a las dos hermosas pastoras a su laso, intentó ofrecerlas una sonrisa.

—Tranquilizaros, estáis entre amigos que, solo desean ayudaros a recuperaros del cansancio y del hambre, señor comerciante —se lo pedía amablemente, la hermana mayor, encontrándose toda la familia alrededor.

—He llegado del Desierto, buscando a la Princesa Serézada, ya que perdió su Pulsera y deseo devolvérsela, además de pedirle en compromiso, aunque empiezo a dudar de la leyenda que el mismo Califa del Desierto, me reveló sin ser cierta —se dirigía al padre de la familia y esposa.

—Como podéis ver, yo tengo dos hermosas y casaderas hijas y; por ejemplo, sí el brazo de una de ellas, se ajustará la Pulsera, teniendo en cuenta la desaparecieron de la Princesa Serézada en los 18 años de Palacio, de no ser cierto lo que el ciego y viejo Califa, le reconocería como a su querida hija la Princesa Serézada —lo dijo así, como un juego de palabras llenas de cautelosos misterios.

—Podéis explicármelo todo más detalladamente, buen señor pastor —le pedía amablemente y con su mejor sonrisa el Príncipe Emilio, sin olvidarse de sonreír igualmente al resto de la familia.

Durante un buen rato, el pastor su esposa y sus dos hijas y su hijo, le iban poniendo al corriente de la vedad de lo sucedido entre la Princesa Serézada y su ladrona Doncella. Un montaje entre las dos para beneficiarse del Reino del Desierto, aunque lo de la Pulsera era cierto y, de ser una Princesa la que la recuperara, ante toda Arabia Saudita, será reclamada Reina al casarse.

—Sí, tenéis razón en casi todo, apreciada familia de pastores —reconocía así, el Príncipe Emilio, estrechándole la mano como agradecimiento al padre, dispuesto a abandonar la cabaña.

—De poder surgiros, Emilio, antes de marcharos, me gustaría que cenarais con nosotros, ya que celebraremos el Cumpleaños de los 18 Años de la pequeña de nuestras hermosas hijas y, como es costumbre al ser nuestro especial invitado, podréis bailar con ella, al ser igualmente costumbre, bailar con un desconocido Príncipe, al cumplir los 18 años —lo dejaba bien claro el buen padre y pastor.

—Bien, acepto vuestra invitación, aunque hermosas y libres como son las dos, bailare dos o tres bailes con cada una de ellas, incluso hasta de permitírmelo vuestra atractiva esposa, igualmente tres bailes me decidiré a ofrecerle, señor Danilo —sabía responder aceptadamente, como Príncipe cauteloso y hombre Emilio.

—Entonces, nos asearemos todos para la celebración del Cumpleaños, después de preparar la especial cena y, de ser entendido en vinos, podéis bajar a la bodega y subir seis botellas, Príncipe Emilio.

Cuando se encontraba la mesa preparada, entregándole una túnica nueva la señora Flora, del mismo color blanco y semitransparente, que las otras que llevaba en el brazo para sus dos hermosas hija, sin saber muy bien lo que podría sucederle, estaba decidido a correr el riesgo de caer en los brazos de ambas Doncellas casaderas, pero antes de decidirse con cuál de las dos hermosas hermanas, bailaría el primer baile, encontrándose la puerta abierta de la habitación de la señora Flora y la de las dos hermanas, puerta por puesta podía descubrirlas, completamente desnudas y cubriendo su atractiva desnudez con solo la túnica semitransparente blanca. No descubriendo a nadie más por el pasillo, cauteloso sabía cómo exhibirse completamente desnudo el Príncipe Emilio, ante las atrevidas miradas de

las dos preciosas hermanas, sin todavía cubrir su desnudez con la túnica fina de tul blanca.

—Nos acompañáis, Príncipe —pudo oír la voz de la hermana que cumplía los 18 años, desde el umbral de la puerta.

—Dos segundos y, os acompaño a las dos —puntualizó el Príncipe.

—Mi hermana, se han adelantado a bajar al salón comedor, Príncipe —se ofrecían su primer beso en los labios.

—Disponemos de unos cinco minutos, Sara —devolviéndole el beso, sus manos le sujetaban por sus redonditas nalgas.

—Sí, como de cinco minutos, Emilio —deslizaba hombros abajo su túnica.

—Entonces, de ofrecerme vuestro hermoso culo, en este primer encuentro sexual, conociéndonos sin condiciones los dos Doncella cortesana, que falta hace esperar al baile para conocernos íntimamente, Sara.

—Mi hermoso culo, precisamente de todos mis excitantes lugares, es el que más placer necesita y, no cedáis en sodomizármelo hasta conseguir clavarme los treinta centímetros dentro de vuestra robusta verga y, por supuesto, descargar el semen bien dentro de mi vicioso culo, provocándome mi exquisito escalofriante orgasmo anal, degenerado señor Emilio.

—Deseaba oírtelo pedírmelo así, ansiosamente morbosa y, puedo asegurarte que sabré calentártelo a conciencia y por completo, follándotelo sin límites, desvergonzada Sara.

Sucedió así, le satisfacía por completo su cálido y atractivo cuerpo y, luego, como lo necesitaba le permitió que se vaciera por completo dentro de su acaparadora y viciosa boca, se despidieron hasta otro interesante momento y, algo que no hubiese imaginado como hombre Emilio, le llenaron de satisfacción erótica sus habilidosos y chupones labios, incluso chupándole y lamiéndole el hueco de su musculoso culo y, con la lengua bien penetrada le provoco su escalofriante orgasmo anal, el primero a sus 24 años.

—¡Oh, es bien cierto, que necesitaba descubrir este distinto placer morboso, satisfaciendo a un hombre sin límites y sin pudor alguno, señor

Emilio! —se declaraba como una vulgar Doncella cortesana, besándose algo sofocados en los labios los dos.

—Por favor, desvergonzada Doncella cortesana... Solo un poco más...

—Sabré complaceros, degenerado cabrón.

Después de la satisfactoria cena bajo el porche de la cabaña, sin olvidarse del buen vino y la tarta de manzana, las dos hermosas hermanas pastoras, le dedican al resto de la familia y al Príncipe un baile exótico, animándolas distintas voces de alrededor de la mesa, sin dejar un solo segundo de bailar la danza del fuego, se desnudaban provocativas la túnica semitransparente blanca hasta acabar completamente desnudas, que aun bien entrada la noche, de no haberles pagado una mala pasada el buen vino al resto de la familia y al Príncipe Emilio, hubiesen podido descubrir lo excitadísimas que llegaron aponerse las dos hermanas pastoras.

—Es suficiente, duermen la borrachera toda la familia y el Príncipe, hermana Lucía —se ofrecieron un suave beso en los labios las dos.

—Sí, es bien cierto, que pienso desnudarle al Príncipe la túnica y, ante todo, procuraré abrazarme a su atractivo y musculoso cuerpo toda la noche, apreciada hermana Sara —se ofrecieron otro caprichoso beso en los labios las dos desvergonzadas hermanas.

A la mañana siguiente, al despertarse se encontraba solo sobre el cómodo lecho el Príncipe Emilio, cubriendo justo las vergüenzas, empujando la puerta del cuarto de baño, descubría de la bañera de madera a la señora Flora, cubriéndole al agua espumosa su atractivo cuerpo, le preguntó atrevidamente, sí deseaba bañarse, o bien hacer lo otro; luego, sonriendo se sumergía hasta la cabeza dentro de la bañera de madera, prefirió no contestarle a la señora Flora el Príncipe Emilio, pero descubriendo la comuna de madera, decidió orinar exhibiéndose completamente desnudo.

—Sí, libre la comuna, podéis orinar hasta relajaros, como hombre, señor Emilio —le aconsejaba la señora Flora, volviendo a la superficie.

Continuando silencioso, sin preocuparle lo más mínimo que la señora Flora, le admirara de espalas completamente desnudo su musculoso culo, al volverse lo hizo con naturalidad sin ninguna intención de provocarle; ella, sin decir esta boca es mía, abandonó la bañera de madera y, sin cubrir sus

atractivas vergüenzas, más de cinco segundos le permitió al Príncipe, que le devorara con los ojos algo más que sus hermosos pechos y gordos pezones y preciosos muslos, incluso algo que no hubiese imaginado nunca en una mujer casada, iba separando los prietos muslo todo cuanto necesitaba para que descubriera, lo excitadísima que se encontraba su jugoso sexo, como hombre Emilio a sus bien llevados y cumplidos los 24 años.

—De no tener prisa, no me molestaría que me enjabonáis la espalda, como lo suele hacer mi caprichosa madrastra, desde bien pequeño, señora Flora.

—Sí, iba a pedírtelo, Emilio.

Mientras se deslizaba dentro de la bañera, le demostraba que sabía cómo enjabonarle a un hombre todo su atractivo y musculoso cuerpo, incluso no le molestaba que sus labios besaran los de él menos jugosos y sexuales y, como nadie se lo impedía se abrazaban fuertemente su atractivo y cálido cuerpo igual de desnudo como se encontraba el de Emilio, iba sucediendo lo que los dos deseábamos que sucediera conociéndose sin límites, como si fuese marido y mujer sin pudor alguno, consiguiendo fallársela y culminando sus dos caudalosos orgasmos, en calma en sus fatigados y sudorosos cuerpos, silenciosos los dos, abanderaron la bañera de madera y el cuarto de baño.

—Os felicito, como hombre, o bien, como Príncipe —me detenía por la cintura, ofreciéndome un beso en el cuello, bien apretadas sus hermosas tetas a mi espalda… y, qué más puedo escribir que no lo adivinéis…

Cerré los ojos de nuevo, cuando los abrió; entonces se daba cuenta, que se encontraba en la Plaza del Mercado de la Ciudad de Arabia Saudita. El viejo, se encontraba allí, pidiendo limosna y seguí ciego. No lo comprendía, pero se fue alejando y, al pasar por la última parada, la joven y hermosa muchacha, que se le acercó sonriendo, le preguntó amablemente.

—Veréis, apuesto comerciante, he perdido una Pulsera y, me atrevo a preguntaros, si la habéis podido encontrar por casualidad, después de darle la limosna al viejo ciego; pues aunque no tenía valor, es el regalo que me hizo mi buen padre, el día que cumplí los 18 años y, presumidas como somos las jóvenes casaderas árabes, me gustaría lucirla con la túnica semitransparente blanca, que me he comprado para pasearme al anochecer,

por las calles más oscuras de la Ciudad, del brazo del comerciante que me ofrezca de corazón esta Pulsera.

—Bueno yo, sí podría ofreceros la Pulsera de corazón, pero deberéis acompañarme al Palacio de mi Padre el Gran Califa, donde me demostrareis vuestros encantos femeninos, con la túnica de tul fina violeta, que es la que utilizan mis Doncellas cortesanas, durmiendo bien abrazados los dos, presumida embustera —la miraba a los relucientes ojos como dos rubís y, tan bonita su cara que, le fue imposible rechazarle este beso en los cálidos labios.

—Prefiero no contestarte, Príncipe Emilio —sonrió coqueta a sus 18 años.

—Pero me conocéis, o bien, me estáis mintiendo para conseguir la Pulsera, hermosa Doncella —aseguró el Príncipe Emilio, sin ocultar su sincera alegría en sus labios.

—Todos los vendedores y vendedoras, sabemos que nuestro Príncipe, vela por todos nosotros, recorriendo la Plaza del Mercado, con ropas humildes, igual a cualquier posible comprador o comerciante.

—Creo que todavía me queda mucho por aprender, antes de contraer matrimonio y, continuaré aprendiendo hasta encontrar una hermosa Doncella casadera, igual de sincera como he descubierto en una vendedora, que de aceptarla mi padre, bien podrías ser mi nueva Doncella cortesana por una agradable noche para conocernos antes de pasar por la iglesia —se lo iba proponiendo el Príncipe Emilio, caminando hasta el Palacio del brazo.

Además de Príncipe, era astuto por naturaleza de sangre Real y, utilizando la falsa puerta, que se comunicaba con su lujoso dormitorio, sin necesitad de pronunciar una palabra más ninguno de los dos, exhibiéndose completamente desnudos los dos sobre el confortable lecho, después de comerse a besos todos sus excitantes encantos que más placer les proporcionaba, respondiendo en su máxima erección su robusta verga superando los veinte centímetros, colocaba sus preciosas piernas Serézada sobre sus hombros y, besándose ansiosamente en la boca, por primera vez se unían satisfactoriamente follando sin límites los dos, como Amantes que deseaban ser antes de pasar por la iglesia, gozando dos caudalosos y satisfactorios orgasmos Serézada, le pedía entre temblores de morbo al Príncipe Emilio, que expulsara lo más dentro posible el semen de su copioso éxtasis dentro de su empapada y palpitante vagina para conseguir su